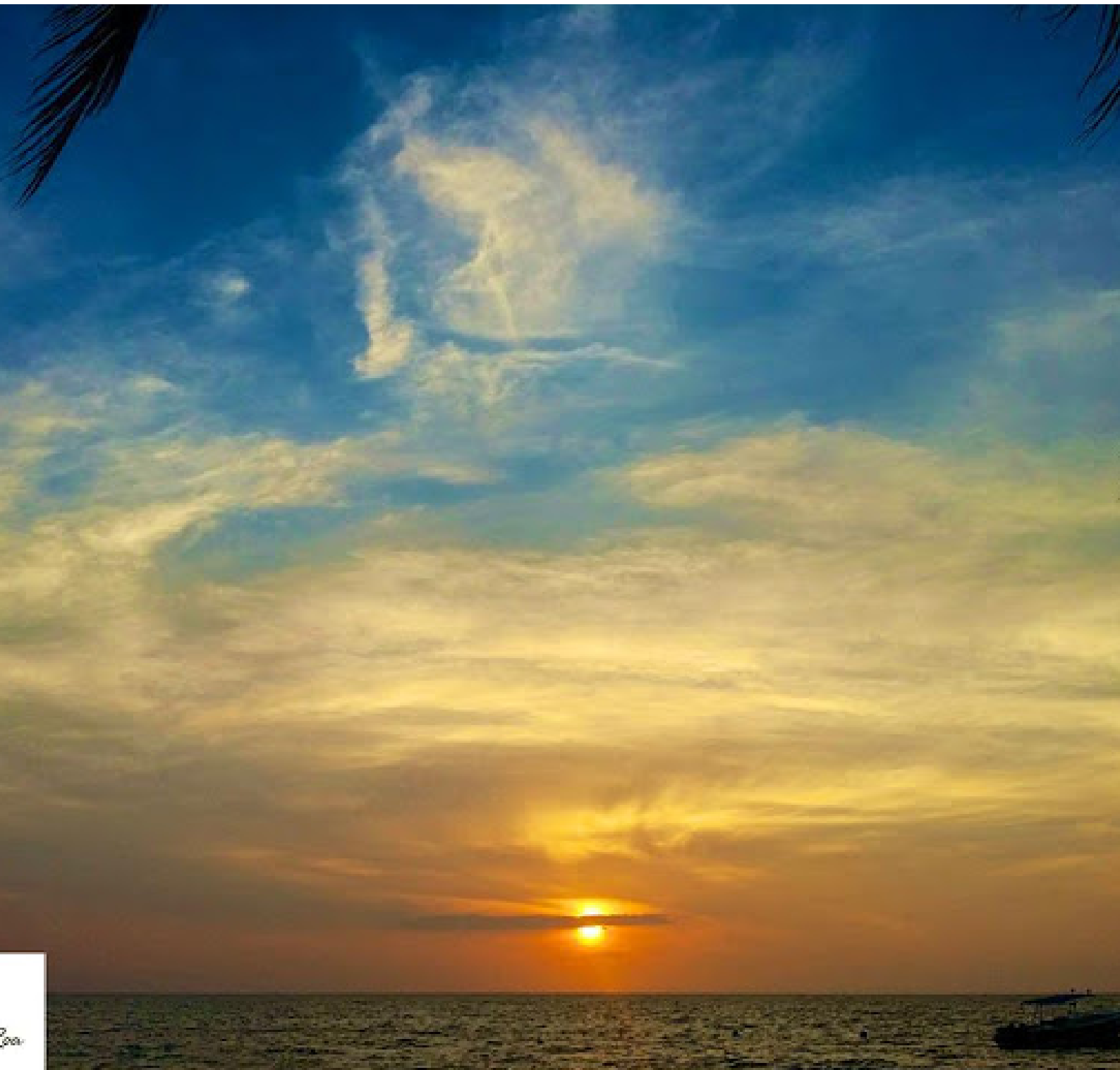
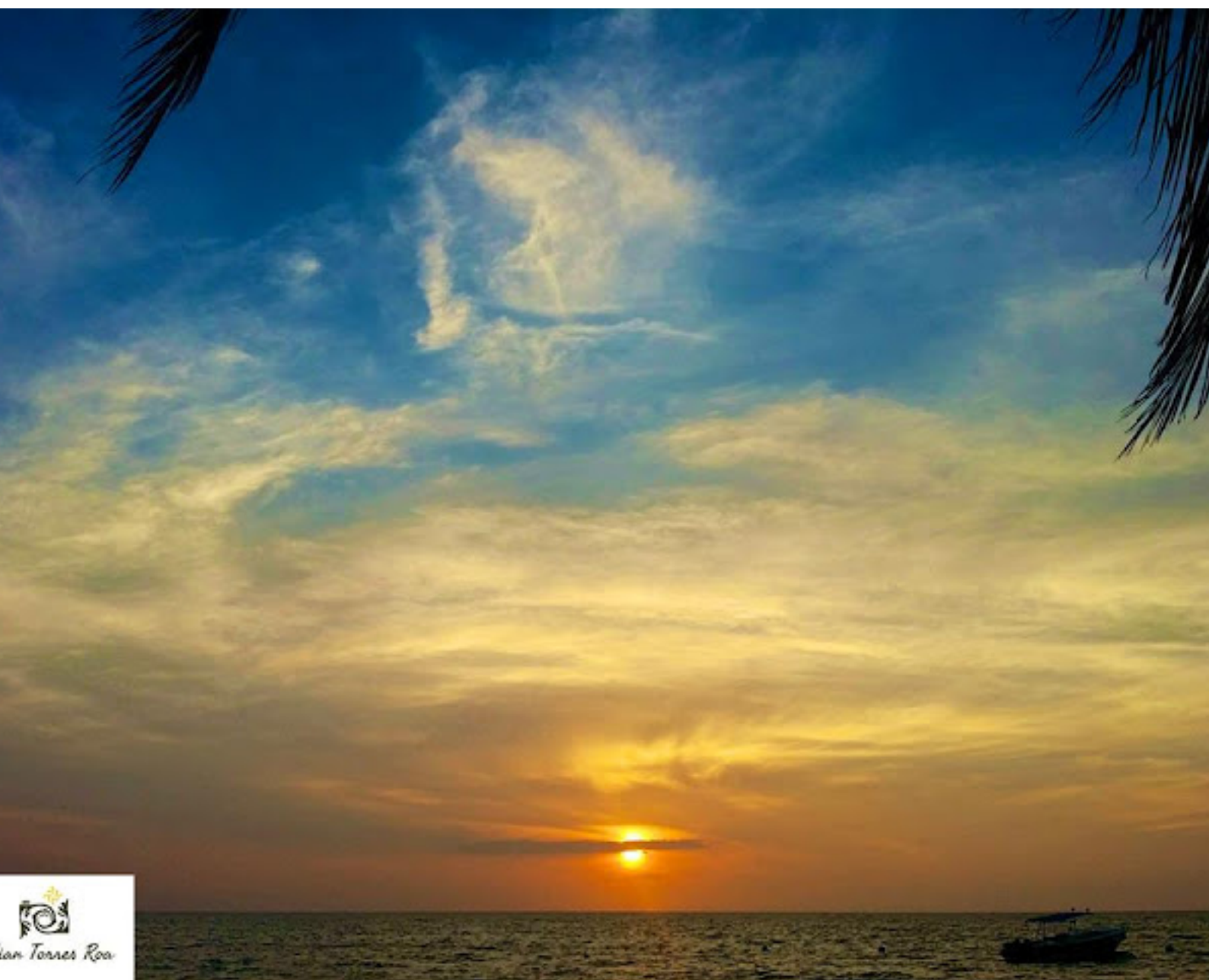


La playa del Francés

Julian Torres Roa



Capítulo 1



Playa del Francés 5:35 P.M - Departamento de Córdoba / Colombia

"Mire. Esta playa, ahí donde la ve, es como las mujeres de estas tierras"

Esta foto fue tomada en la Playa del Francés, departamento de Córdoba, a eso de las 5:35 de la tarde. Estábamos a media hora del pueblo más

cercano y habíamos llegado allí sin intención de hacerlo.

Dentro de los planes originales, estaba quedarse en el centro del pueblo en una casa que quedara próxima a la playa para poder descansar y pasar el día antes de continuar con nuestro viaje.

Sin embargo, al llegar a la plaza del pueblo algo no nos dio *buena espina*[1]. La gente nos miraba en silencio desde los portones de las casas, sin exclamar sonido alguno. Sus ojos nos seguían con cautela mientras parqueábamos el carro a la sombra de un *floriamarillo*[2], y caminábamos esquivando el fuerte sol entre las sombras que proyectaban los árboles de la plaza central en busca de algún tintico - la forma colombiana de referirse a una taza de café -.

Sus miradas nos perseguían como esperando a que, de un momento a otro, algo sucediera y rompiera de una vez por todas ese sosiego que se desprendía del silencio en el pueblo.

Como buenos seres de ciudad, nos preguntamos por qué las tiendas estaban cerradas en su mayoría y como es que parecía que lo único que se movía a esa hora por las calles de ese pueblo, llamado Caceñas, eran las hojas amarillentas que se arrastraban por la carretera, bailando entre ráfagas de viento con olor a sal.

Cruzando la calle que daba al frente a una estatua del *Divino Niño*[3], había una anciana sentada en una butaca[4] con varios indicios de que estuvo pintado de blanco alguna vez, y de la cual parecía que le salieran raíces. Al lado de ella, una mesa coja y maltrecha, sobre la que descansaba un mantel percutido con un color marrón similar al color del polvo que dejaban las carretas jaladas por mulas que vimos al entrar al pueblo.

Ahí, una canasta con cajas de cigarrillos abiertos para vender al *menudeo*[5], algunas cajitas de chicles, habas fritas y maní confitado empacadas en pequeños tubos de plástico a punta de fuego en los extremos y una estampa de la Virgen María. Le preguntamos si de casualidad tenía un *termito*[6] con café y nos pudiera vender un vaso.

No tenía cafecito. No tenía voz tampoco, o nunca lo supimos porque nunca nos contestó. Parece que ya no tenía ganas de nada tampoco. Aunque cansada, se veía serena. Como quien ya había visto suficiente en la vida como para contestar a un cuarteto de turistas si tenía café, siendo que todo lo que tenía ella, era lo expuesto en esa canasta.

Caímos en cuenta que era la hora del almuerzo y que tal vez por eso es que todo parecía estar quieto. Nos devolvimos al carro y empezamos a serpentear por las callejuelas de los barrios en busca de algún lugar en

donde poder descansar un poco tomando así fuera agua de grifo.

Las costanillas se abrían paso entre senderos sin asfaltar, y que varias veces se quedaban invisibles debido a la cantidad de polvo que levantaba la brisa que llegaba desde el mar. Parecía de mentiras la forma en que, en ocasiones, la vía y todo a su alrededor sencillamente desaparecían ante nuestros ojos por algunos instantes.

Las casas que acompañaban el camino, eran en su mayoría eran de madera y latas puestas una sobre otra, y parecían estar anudadas unas a otras con cables y *cabuyas*[7] que culminaban en un techo hecho con hojas de palma reseca fijadas con varias piedras y pedazos de ladrillos puestos encima para evitar que salieran volando con cada vendaval.

Las veces en que mis padres nos habían podido llevar a la playa de vacaciones, siempre me había parecido que las personas que vivían cerca al mar siempre estaban felices. Sonreían y caminaban por la playa sin parecer preocuparse por nada. Con ese paisaje, con el mar al lado y un clima agradable nadie podría estar triste.

Acá la *vaina*[8] era diferente. No mostraban cara de tristeza, pero esbozaban una desesperanza que sólo se podría comparar con las veces en que una mirada se pierde en la inmensidad del cielo, observando a la nada, sin esperar nada más de la vida.

Varias de las personas tenían pedazos de piel blancuzca escarapelándose de sus labios. Señal inequívoca de que no habían bebido agua en algún tiempo.

Podría jurar que del mutismo de aquel lugar, lo único que alcanzaba a escuchar camuflándose entre el ruido del motor del carro y mi propia respiración, eran sus lenguas relamiéndose los labios tratando de recordar el sabor del agua dulce, mientras movían lentamente sus cabezas de un lado al otro al compás de nuestro paso al frente de sus lares.

La mayoría de ellos nos miraban desde las ventanas, apostándose allí como espectadores de una obra que pasaba al frente de ellos, pero de la que ellos no hacían parte. Una vida que les pasaba al frente y la cual solo podían ver, más no tocar.

Mi padre iba al volante y parecía tensarse cada vez más al ver que el paisaje no cambiaba a pesar de haber recorrido varias cuadras. Mi madre, con su actitud serena, nos calmaba un poco a todos en el vehículo, aunque también miraba de un lado al otro, con sutileza, tal vez alertada porque no habíamos salido aún de ese laberinto abierto de casas a medio caer.

Finalmente, llegamos a lo que parecía ser una de esas tiendas que solían encontrarse en las carreteras nacionales, y que aparecen de repente después de una curva a las faldas de una montaña.

La tienda era la adaptación de una parte de la casa, que al parecer solía ser la sala, en donde reposaban algunas sillas, un par de mesas hechas en madera pálida y *gorgojeada*[9] que estaban colocadas sobre un piso pegajoso por la cantidad de cervezas derramadas la noche anterior, una mata de sábila colgando de una cabuya verde en la puerta de la entrada, un juego de rana[10] al fondo, y una serie de butacas de cerveza apiñadas en la esquina inmediatamente contigua.

Olía a borrachera *trasnochada*[11]. Un ventilador al que le sonaban las aspas cada vez que giraba, era el encargado de esparcir la hediondez[12] por la tienda y hasta la puerta de entrada en donde nos encontrábamos.

Superada esa primera mirada al lugar, y tomando una gran bocanada de aire antes de entrar, ingresamos al lugar buscando al tendero. Una segunda ojeada nos permitió darnos cuenta que en la tienda tampoco habían muchos productos.

Tan solo se podían apreciar un congelador, con la luz blanca parpadeando cada tanto, con algunas cervezas que parecían viejas debido al desteñido de sus etiquetas que se recostaban sobre la puerta de vidrio, sudorosa y medianamente fría, algunos paquetes de papas fritas, dos cajas con algunos *bocadillos veleños*[13], un *queso de cabeza*[14] sobre el mostrador, y un salchichón cervecero merodeado por lo que, calculaba yo, era una veintena de moscas.

El tendero apareció tras una cortina hecha con tiras de nailon anudadas a la parte superior del marco de la puerta, de la que colgaban una infinidad de pequeños tubos hechos en arcilla, que con el hambre que traíamos auestas parecían macarrones fosilizados pero comestibles.

Al llegar al mostrador, suspiró con la mayor parsimonia posible, y nos dirigió una mirada llena de desdén.

— *El que tenga tienda, que la atienda - masculló entre dientes mi papá, que no estaba muy agrado con la poca actitud con la que el dueño del lugar nos había recibido*

— *Caballero, estamos buscando un lugar donde pasar la noche. ¿Conoce algún lugar lo más cerca de la playa que nos pueda recibir?* — le preguntó tratando de recomponer su tono de voz y evitando que el sujeto se diera cuenta de su molestia.

El tendero, que a veces parecía que fuera a romper su silencio, bostezaba abriendo su boca hasta el límite y la volvía a cerrar mientras pretendía escuchar a mi padre. Recostó ambos codos sobre el mostrador, y dejó salir un aliento que mezclaba olor a tabaco, aguardiente y caldo de papa bañado en aceite.

— *Ustedes no son de aquí. Se les nota hasta "en el caminado"[15]. Si quieren un consejo gratis, váyanse de acá antes de que anochezca. Ya medio pueblo debe saber que ustedes andan por acá y deben estar viendo a ver que les pueden quitar*

— *No sabíamos que aquí fuera así de peligroso* — dijo mi padre echándose para atrás y levantando las manos con las palmas abiertas, como deteniendo imaginariamente el avance del tendero hacia nosotros.

Nos quedamos callados unos instantes, sin saber bien que decir ante esa fuerte advertencia que parecía una amenaza disfrazada.

— *No le "coman cuento"[16] a mi marido ¡Este siempre ha sido fatalista desde el día en que nos casamos!*

Se oyó la voz de una fémina que venía de detrás de las cortinas de macarrones fosilizados. Escuchamos como se arrastraban un par de babuchas en nuestra dirección, haciendo sonar el polvo con el suelo, y el despegue de la suela de las chanclas con el piso manchado con cerveza seca.

— *No es peligroso. Pero cada vez que aparece un turista, la gente de acá trata de armarle conversa[17] para ver que le pueden sacar. Pero no peligroso, máximo le sacan la billetera del bolsillo y salen a correr, o le cogen el culo a la señora y se van cagándose de la risa esquivando los madrazos[18] de su esposo a lo largo del camino*

La señora tendría unos cuareintantos[19]. A pesar de lo fuerte de sus facciones, su cabello crespo y sus brazos abultados, sonreía cálidamente mientras continuaba hablándonos.

— *Miren, ustedes tienen cara que pueden pagarse un lugar con ventilador y mosquitero[20]. Cojan por esta carretera y sigan derecho hasta ver el palo de mango[21] que hay al final de la calle. Ahí giran a la derecha y tan pronto pasen la iglesia del Divino Niño giren otra vez a la derecha. Cuando estén en la carretera pavimentada sigan recto como unos 30 minutos y tan pronto pasen el puente militar, bajen por la carretera destapada. De ahí son 15 minutos hasta donde queda la Playa del Francés, es el sitio a dónde van los de la capital cuando se asoman por acá en vacaciones*

— *Gracias mi doña* — contestó mi papá — *¿Cuánto le debo?*

— *Nada cachaco[22], la charla es gratis. Eso sí, durante el día quédense por el pueblo que hay más cosa pa' hacer. Allá se aburren al segundo día.*

El tendero, que no había pronunciado palabra alguna desde que su mujer había intervenido en la conversación, bostezó nuevamente de manera larga y pesada, cerrando los ojos y echando su cabeza hacia atrás.

Tras un aullido ahogado y saboreando las telarañas de saliva seca abriendo y cerrando la boca, recobró su postura original y abriendo los ojos mientras volvía a quedar de frente a su señora. La descubrió mirándolo fijamente, como molesta (...) como acostumbrada a él.

— *¿Qué?* - dijo el tendero como tratando de esquivar la mirada recriminadora de la mujer

— *Ay hombre' ... Si respirar costara trabajo, tú ya te habrías rendido desde hace años* — le contestó mientras se iba por el mismo camino en que había llegado, arrastrando sus babuchas y manoteando al aire

El hombre levantó las cejas, hizo una mueca apretando los labios y giro su humanidad hacia nosotros, exhalando fuertemente negando con la cabeza.

— *Como le dije señor, mejor salga antes que anochezca y si le quedan ganas, acá lo esperamos para que se empuje dos agrias[23], el único remedio conocido para aguantarse la cantaleta de mi esposa*

Como no sabíamos si reírnos o no de la broma, simplemente sonreímos casi de manera coordinada, y levantando el brazo moviendo la mano de un lado al otro nos despedimos de la peculiar pareja, respirando hondamente el aire fresco al salir de la tienda.

Buscamos en uno de los teléfonos el lugar llamado la "Playa del Francés" pero la búsqueda en Internet solos nos arrojaba resultados como playas en Francia, o imágenes de un francés en una playa.

Tal vez íbamos tan cansados que no supimos buscar bien la ubicación del lugar. Sin más opciones, y con un silencio lleno de cansancio que volvía a cubrir todo el interior del carro, decidimos seguir las indicaciones de la señora a la antigua, confiando en su palabra y preguntando en cada esquina se por esa calle nos íbamos a encontrar con un palo de mango, si estábamos pasando al lado de la iglesia del divino niño y si íbamos bien encaminados hacia el puente militar en donde estaba la variante para ir a la Playa del Francés.

Cuando llegamos, nos encontramos con un paisaje hermoso. El lugar era un conjunto de casas campestres con vista al mar, con un restaurante de puertas abiertas que daban salida a la playa, y un pequeño bar con techo de paja y paredes de bambú que ponía música suave para disfrutar del frescor del ambiente.

Entre todos nos miramos sorprendidos y agradados por el hallazgo que habíamos hecho. No sabíamos que existiera un lugar así cerca del pueblo a donde habíamos llegado. No lo mencionamos en voz alta, pero creo que todos pensamos que el precio por pasar la noche allí sería demasiado alto.

Seguramente sólo pernoctaríamos una noche y seguiríamos nuestro camino a la mañana siguiente como habíamos hecho desde que hablamos salido de casa hace varios días.

Los precios estaban rebajados case en un 70%, por lo que lo que en una primera impresión nos había parecido una ganga, ahora habiendo procesado la sorpresa, nos dimos cuenta que antes que una estrategia de mercadeo, era más un grito desesperado del lugar por tener nuevos huéspedes.

Era un paraíso escondido en el que se debían seguir demasiadas instrucciones para poder llegar. Aunque hermoso, había *demasiados "peros"*[24] para creer que un negocio podría despegar económicamente allí. Pero estábamos de vacaciones y era mejor no pensar en nada de eso. Tan ridículo como llevar un iPod a un concierto es pensar en exceso cuando el plan es desconectarse de todo y descansar.

Recibimos la habitación, descargamos las maletas y nos pusimos una muda de ropa más ligera que combinara con el ambiente playero de nuestra posada. El sol iba ya en dirección a la noche, bajando a encontrarse con el mar en su punto más lejano.

El cielo se tiñó de tonos rojos naranjas y amarillos, que que resaltaban pareciendo estar vivos gracias al azul profundo que se reflejaba en el mar. En mi camino hacia el restaurante para tomar un tintico, me detuve unos momentos para apreciar la escena y tomar la foto que les comparto en este cuento.

Pensaba en lo grandioso que se sentía amanecer en un lado y anochecer en otro. Uno de los placeres que a veces pasan inadvertidos al momento de viajar. Pensé en que, aunque ese sol, ese cielo y ese momento lo había presenciado durante toda mi vida, a la misma hora en una infinidad de lugares, era el más hermoso que había encontrado hasta la fecha.

Normalmente, cuando se disfrutan de los momentos, estos tienden a pasar más aprisa como si disfrutarlo sólo durara un suspiro. Sin embargo,

en el momento en que tomé la fotografía y me quedé observando el ocaso sintiendo que parecía eterno.

Todo estaba en silencio y con una quietud que encontraba asombrosa por la paz con la que vibraban las corrientes de viento que tocaban con suavidad los pliegues de mi camisa, y acariciaban mis cabellos; como si se trataran de las manos de quien me estaba esperando a mi regreso a la ciudad.

Sin dejar de mirar al frente, con el rabillo del ojo noté que mi familia se habían puesto sus trajes de baño y estaban entrando al mar. Mejor me daba prisa para tomarme mi café junto a mi cigarrillo antes de ir a acompañarlos.

Suspiré una última vez y caminé a paso perezoso hasta el restaurante que quedaba a unos pasos de distancia. Palmeras, algunos pájaros cantando y algunos zancudos, me acompañaban en mi lento desfile hacia el lugar en donde estaba la cafetera.

Allí me esperaba un mesero con gesto de estar cansado de sonreír, terminando de limpiar con un chirito[25] una taza de porcelana blanca. Al percatarse de mi presencia, como haciendo un sobre esfuerzo, me esbozo una sonrisa de bienvenida, ofreciéndome la carta del menú de la cena.

Le pedí el favor que me diera una taza para tomar un poco de café de la cafetera.

— *El café se nos acabó por hoy señor*

— *Lástima, el cigarrillo no se acompaña con nada mejor que con un café - contesté desencantado*

— *Lo bueno, si me permite decírselo, es que va a poder dormir pronto. Tomando café a esta hora se quedaría hasta la madrugada alborotado*

— *¿Dormir? ¿Con esta belleza que tienen ustedes acá para contemplar? Me quedaría encantado toda la noche viendo este paisaje sin aburrirme hombre*

— *Sí señor. Es muy bonito, pero es irónico porque no se puede disfrutar — me dijo como si me estuviera revelando un secreto a voces*

— *¿A qué se refiere? — le pregunté extrañado*

— *A que es una belleza de ver y no tocar*

— *Sigo sin entenderlo*

— *Mire. Esta playa, ahí donde la ve, es como las mujeres de estas tierras. Hermosas casi hasta llegar a embrujar con su presencia. Pero cuando se molesta, nadie se le puede ni acercar*

— *Suena como a un vallenato[26] de amanecedero[27] eso que me está contando — le dije tratando de poner un poco de humor a la conversación que se me estaba haciendo innecesariamente profunda*

— *Tal vez. Seguro algún desocupado ya lo habrá escrito en alguna parranda de carnaval*

— *¿Por qué dice que la playa tiene ese mal genio? — volví a tocar el tema*

— *Porque es una playa que engaña con su belleza y cuando la gente se acerca demasiado ¡Zaz! les pasa factura. Es mejor que si tienen ganas de bañarse en el mar, mañana pasen el día en el pueblo, allá se pueden bañar sin ningún problema*

— *¿Y qué tiene de malo ésta? Parece mucho más limpia que la que hay en el pueblo — reflexioné sin darme cuenta que lo estaba haciendo en voz alta*

— *Lo es, pero también tiene sus maricaditas[28]. Por ejemplo, en la noche deja de ventear y como el agua está tan cargada de sal, hace que uno se sienta melcochudo cada vez que sale del agua*

— *Bueno, eso no es tan grave — respondí tratando de restarle importancia al problema*

— *También, como sale melcochudo[29] del mar, pareciera que se volviera un imán para los mosquitos que invaden la playa tan pronto se esconde el sol*

— *Para eso hay repelente — traté de sugerir*

— *Y para terminar de cagarla - prosiguió como si no me estuviera escuchando - es el sitio favorito de las medusas y la vaina con ellas, es que no sabemos bien cuando llegan, cuanto se quedan y cuando se van. Y si hay algo que duele más que ver a la ex mujer de uno andar con otro con más futuro, es la picada de uno de esos bichos*

Rompiendo con la conversación, escuchamos el grito fuerte de una mujer, que iba acompañado de un madrazo al aire y lo que parecía ser varios golpes con la palma abierta al agua. al voltear, me acorde de sopetón que había visto a mis padres entrar al agua y salí corriendo para allá

olvidándome de mi café y las ganas de fumar.

Quise acercarme, pero un enjambre de mosquitos sedientos me detuvo como si formaran una especie de pared natural para que no me acercara. Moviendo los brazos como si estuviera tratando de espantar humo, me metí a través de la nube de zumbidos que flotaba como una nube llena de puntos negros y, golpeando el cuerpo cada vez que sentía que un mosquito estaba a punto de picarme, llegué hasta donde estaban ellos.

La que había gritado había sido mi mamá. Pocas veces la había escuchado decir groserías, lo que indicaba que de verdad le había dolido lo que fuera que le hubiera dolido. Dijo que había sentido como si una bolsa de plástico le pasara rozando la pierna y después, sintió como el rastro de aquel toque le había calentado la piel hasta tal punto que parecía que estuviera ardiendo aun cuando estuviese bajo el agua.

El señor que me estaba atendiendo en el restaurante llegó a los pocos minutos para cerciorarse de lo que había pasado. Al ver la herida, dijo que lo mejor que podíamos hacer era lavar el rastro rojo que comenzaba a emerger en la piel de la pierna y aplicar una mezcla de crema con loción de Menticol[30] para pasar la noche y que en la mañana, debía colocarse sobre la herida la cara de un cuchillo que hubiéramos dejado la noche anterior en la entrada de la habitación para que recibiera todo el sereno.

Todo esto tocaba hacerlo en ayunas y solamente después de que a primera hora de la mañana, sin haber bostezado o mencionado palabra, untara la herida con la saliva de su boca.

Como el lector podrá intuir, yo también pensé que me estaban mamando gallo, y lo miré con cara de incredulidad.

— *Es eso, o alguien tendrá que mear[31] encima de la herida para que sane, es su elección* — terminó de decir el hombre tras observar mi rostro

No hizo falta someter ese concepto a votación y procedimos a lavar la herida con agua dulce, ponerle crema y sobarlo con Menticol.

A la mañana siguiente, me levanté temprano para ver si lograba conseguir el café que quería la noche anterior y fumarlo con mi cigarrillo, después de asegurarme de que mi madre estuviera siguiendo al pie de la letra las indicaciones de ese extraño remedio.

Al llegar al restaurante, el mismo mesero, con la misma mirada cansada estaba en el mismo lugar, creo que secando por doceava vez el mismo vaso. Al verme, me saludó con más naturalidad que el día anterior. Como si fuéramos viejos conocidos.

— *¿Hay café?* — le pregunte tratando de no sonar muy rudo tras el corto saludo levantando la frente y mentón

— Usted se levanta demasiado temprano señor, el café aún no está listo. Usted anda como que muy revolucionado[32], si me permite decirle

Fruncí el ceño y me mordí el labio inferior y parte de la cara interior de los cachetes. Venía acostumbrado a estar en una ciudad en donde todo es 24 horas y, si quería un café a las 3 de la mañana, simplemente salía y lo compraba a esa hora, o a la hora que quisiera.

Me serené. Ese hombre que estaba parado al frente mío no tenía la culpa de mis vicios ni de mi mala cara.

— *¿Cómo amaneció la señora?*□

— *Mucho mejor gracias a su remedio. Ya casi no le está doliendo*

— *Yo le he dicho al administrador que debemos poner letreros avisando que en las aguas pueden haber medusas. Pero no me hace caso. Dice que si hacemos eso, estaríamos quitándole casi el único atractivo que tiene esta playa. Nadie se iría tan lejos para ir a una playa en donde hay medusas, no ventea[33] y que por las tardes se invade de mosquitos buscando turistas sin mucha ropa*

— *Sin playa no hay negocio* — le contesté dándole a entender que encontraba alguna lógica en las razones que me estaba dando

— *Por eso le dije, señor. Si quieren bañarse mejor vayan al pueblo que allá se pueden bañar tranquilos*

— *Es que siendo sincero, salimos del pueblo un poco asustados. En una tienda nos dijeron que lo mejor era salir antes que anoheciera porque era peligroso* — le confesé casi sin querer

— *¿Sólo por una opinión decidieron irse?*

— *Pues ...* — *Sí, me dije mentalmente.*

— *No lo culpo señor. Ciertamente, el paisaje no es bonito cuando llega por primera vez. Pero ya conociendo a la gente, no es tan malo. No es más peligroso que la capital, simplemente es un poco más feo. Pero si usted me pregunta a mí, que no lo ha hecho pero me atrevo a opinar, yo prefiero bañarme allá. Esta, la Playa del Francés, es belleza de escaparate. Es para tomarle una foto e irse. En la otra se puede tomar una foto menos bonita, pero permite quedarse y disfrutar del momento*

— *Vuelve a sonar como a un vallenato — le dije sonriendo*

— *Puede que sí. Por eso le decía que esta playa es como una mujer, tanto como la otra. Hay que decidir si quedarse con la que gusta pero sin disfrutar, o disfrutar con la otra que al final le puede terminar gustando. Ahora si sonó como un vallenato de esos de antaño. Ya está el café ...*

Y dando por terminado la conversación, me lo ofreció en una taza recién limpiada por él y se dio vuelta para seguir con sus quehaceres.

Finalmente, pude tomar mi café disfrutando de mi cigarrillo mañanero, pensando en cada cosa que me había dicho el mesero en aquella inesperada conversación que había empezado la noche anterior y que hoy, con broche de oro (el café y cigarrillo en mano) daba por terminado.

No paso mucho más los siguientes dos días. Nos acordamos de las palabras de la señora en la tienda, de verdad, en ese lugar no había nada más que hacer. Solo apreciar el paisaje el amanecer o el ocaso, que no duraban más de 10 minutos con mucha suerte. A la tercera mañana, nos levantamos prestos a continuar nuestro camino hacia el norte del país, hacia el extremo más norte de Sur América.

Cuando estábamos por tomar la carretera nacional, le pedí el favor a mi padre que fuéramos una última vez al pueblo. No quería irme sin comprobar lo que me había dicho el mesero; aquello que en esa playa uno se podía bañar, aunque fuera fea.

Vaya lección de la vida la que me dio ese tipo mientras me embolató mi café dos ocasiones seguidas.

Resultó ser que la playa, evidentemente, no era tan bonita como la otra, pero no era fea. El agua sin bichos, con la brisa pasando a cada rato y lleno de vida por la cantidad de personas que se reunían a hablar en el malecón hacían que fuera un lugar realmente ameno. Tanto que hasta pasaba por alto la cantidad de zancudos que se estaban dando banquete con mi sangre de tierras altas.

Moralejas no me dejó este cuento. Cada quien entiende lo que quiere entender, y ve lo que su condición y conciencia le permite. Pero si me dejó un regaño, con el cual sigo luchando todos los días en diferentes circunstancias; quitarme esa maña de juzgar primero y observar después.

Diccionario de Colombiañol

[1] No nos dio confianza

[2] Árbol con flores amarillas

[3] Estatua del niño Jesús

[4] Silla vieja hecha de madera

[5] Venta individual de algo

[6] Termo pequeño

[7] Cuerda delgada y algo burda que se elabora con fibra de pita y se usa para atar o para fabricar tejidos artesanales o industriales.

[8] El asunto

[9] Carcomida por termitas o gorgojos

[10] Es un juego de lanzamiento de precisión múltiple donde se intenta introducir un determinado número de fichas o discos de hierro en los múltiples agujeros que existen en la mesa de la rana. Algunos de ellos tienen obstáculos que dificultan la precisión del lanzamiento.

[11] Noche anterior al día de hoy.

[12] Mal olor.

[13] El bocadillo de guayaba es un producto colombiano de la provincia de Vélez en Santander; se define como una pasta sólida, obtenida por la cocción de pulpa de guayaba con edulcorante.

[14] queso de cerdo o queso de puerco cuando se elabora a partir de la cabeza de este animal, no es un producto lácteo sino un áspic de carne hecho a partir de la cabeza de un ternero o cerdo.

[15] Es demasiado notorio

[16] No le hagan caso

[17] Establecer conversaciones o charla

[18] Groserías, normalmente expresadas con gritos después de algún suceso

[19] Entre 40 a 49 años

[20] Cortina de nylon puesto sobre las camas, que impide que los zancudos piquen a las personas mientras duermen.

[21] Árbol de mango

[22] Persona del altiplano o de la capital colombiana

[23] Dos cervezas

[24] Demasiadas contradicciones, problemas o detalles desfavorables

[25] Trapo o pedazo de tela utilizado para secar cosas.

[26] Composición musical latinoamericana, mezcla de merengue, son y otros ritmos de procedencia negra, blanca e indígena.

[27] Cantina en la que las personas acuden o se quedan bebiendo hasta el amanecer.

[28] Detalles molestos

[29] Algo que es correoso y blando. Que está blando y elástico, y se mastica con dificultad.

[30] Loción de alcohol con olor a menta

[31] Orinar

[32] Con demasiadas revoluciones so estresado

[33] No hay viento o brisa